

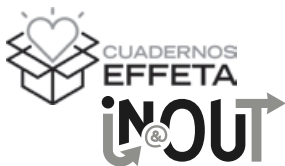
Que la paz sea contigo

Constructores de una paz
desarmada y desarmante



inOUT

Que la paz sea contigo
Constructores de una paz
desarmada y desarmante



Los cuadernos Effeta nacen de la reflexión de la Escuela de espiritualidad de la Provincia Marista Ibérica ante la actualidad. Este compartir quiere ampliarse a todo aquel que lo desee, para seguir escuchando la voz del Espíritu, que nos invita a seguir caminando hacia la plenitud del Reino.

© Xabier Askasibar y José María Pérez-Soba 2026

© de esta edición, Fundación Edelvives, 2026

Coordinación del proyecto

Escuela de espiritualidad Maristas provincia Ibérica

Coordinación editorial

Antonio F. Segovia (Fundación Edelvives)

Diseño y maquetación

Área de producción Grupo Edelvives

Imagen de cubierta

Silvia Martínez Cano

Índice

PARTE I. ESCUCHANDO A NUESTRO TIEMPO: CONSTRUIR PAZ HOY, TANTO COMO SIEMPRE

1.º ¿Estamos en guerra?	05
2.º Las religiones, ¿podemos aportar algo a la paz?.....	07

PARTE II. LLAMADOS A SER CONSTRUCTORES DE PAZ

1. Jesús, nuestra referencia	13
1.1. Su experiencia de Dios	13
1.2. Jesús y la noviolencia activa	14
1.3. Valores y actitudes que cultivar, hoy, a la luz de Jesús.....	16
2. Cultura de paz	20
2.1. Paz y conflicto.....	20
2.2. Hacia una cultura de paz.....	20
3. Educar para la paz.....	22
3.1. Líneas generales.....	22
3.2. El ámbito escolar	23
4. A modo de conclusión	27
Bibliografía	29

PARTE I. ESCUCHANDO A NUESTRO TIEMPO: CONSTRUIR PAZ HOY, TANTO COMO SIEMPRE

1.º ¿Estamos en guerra?

Uno de los problemas de nuestra sociedad radica en que la enorme cantidad de información que nos llega suele estar seleccionada para resultar actual y atractiva. Según aparece una noticia tiene ya fecha de caducidad, empujada por la siguiente. Nos indignamos con el escándalo de turno, protestamos por la injusticia deportiva, nos ponemos de parte de uno o de otros en las polémicas mediáticas, sufrimos con las guerras... mientras están en las portadas de los periódicos. Y cuando las noticias de bombardeos y masacres pasan a segundo plano, o directamente desaparecen, parece que hemos vuelto a la paz. Y no es verdad.

Nuestra tranquilidad occidental se ha visto sacudida por conflictos bélicos que parecieran de otra época, pero que suceden hoy. La guerra de Ucrania nos ha devuelto la imagen de la guerra en Europa, la guerra de Gaza nos ha devuelto a imágenes terribles en un conflicto que nunca parece tener fin. Y, con ellas, hemos vuelto a tomar conciencia de otros conflictos olvidados (Yemen, Somalia, Sudán, etc.). Pero solo durante un momento. Otros intereses, otros escándalos, sustituyen al impacto de la guerra.

La comunidad cristiana no quiere ni debe olvidar. Desde Dios, sabemos escuchar más allá de lo inmediato y nos sentimos hoy llamados, tanto como

siempre, a construir una paz «desarmada y desarmante»¹. Estamos atentos a aquello que late tras tanta agitación, a sentir el susurro del Espíritu, la suave brisa donde se hace presente Dios en la Historia (1Re 19,11). Por eso sentimos que los conflictos bélicos son el fruto terrible de una raíz más profunda, de una violencia que está presente en nuestra vida diaria. Según las estadísticas, la violencia delictiva contra aquel que es diferente está creciendo: según el informe de evolución de delitos de odio en España del Ministerio del Interior, en 2023 estos delitos aumentaron el 21,35% en relación con el año anterior². Según el INE, el número de mujeres víctimas de violencia de género aumentó un 12,1% en el año 2023, hasta 36.582. La tasa de mujeres víctimas de violencia de género fue de 1,7 por cada 1.000 mujeres de 14 y más años. El número de víctimas de violencia doméstica aumentó un 12,0%³.

Y no solo nos referimos a actividades directamente delictivas. La violencia convive con nosotros en las narraciones audiovisuales que consumimos todos y, sobre todo, los jóvenes, de manera que se normaliza culturalmente. Videojuegos, películas y series compiten por crear la escena más salvaje para llamar la atención, ayudando a construir así la indiferencia más palmaria ante la crueldad, el sadismo y la violencia gratuita y brutal. No es extraño que las redes sociales se hayan ido convirtiendo en espacios francos para la agresión verbal. Según Save the Children, el 75 % de los jóvenes sufrió algún tipo de violencia *online* durante su infancia⁴.

De hecho, esta violencia verbal en las redes se ha convertido en una herramienta política consciente y planeada, donde el matonismo más descarado anima campañas de insultos masivos contra aquellos con los que no estás de acuerdo⁵. La violencia verbal se ha convertido en una herramienta política normalizada en una dinámica sociopolítica que abraza directamente la metáfora bélica para definirse: somos agresivos porque estamos en una guerra, en

1 LEÓN XIV, Discurso tras su elección como pontífice, 8 de mayo 2025.

2 MINISTERIO DEL INTERIOR, *Informe de la evolución de delitos de odio en España*, 2023.

3 INE, *Estadística de violencia doméstica y violencia de género 2023*, nota de prensa del 17 de mayo de 2024.

4 SAVE THE CHILDREN, *Violencia viral, resumen ejecutivo*, 2019, p. 4.

5 Cf. N. IGAREDA GONZÁLEZ «El discurso de odio anti-género en las redes sociales como violencia contra las mujeres y como discurso de odio» en *Derechos y libertades: revista de filosofía del derecho y derechos humanos*, 47, 2022, pp. 97-122.

una guerra cultural⁶. En esta lectura de la realidad, la diversidad política, imprescindible en un sistema abierto, se convierte en un enfrentamiento abierto, sin concesiones. Algunos asesores políticos han pensado que, para alcanzar el poder, es necesario contar con una base electoral absolutamente fiel. Por eso, se busca, en todos los colores parlamentarios, que el votante integre en su identidad la pertenencia a su bando. Y, para ello, hay que saltar del campo político al cultural. Los puentes de diálogo se cierran y la población se polariza en dos bandos irreconciliables. Como en toda guerra, no hay otra solución que la derrota total del enemigo. El problema, claro, es que, en una sociedad plural, ese objetivo no se va a lograr nunca, salvo que pasemos de la violencia verbal a la física. Y podemos estar a un paso de ello⁷.

Es evidente que en la pluralidad democrática se convive entre conflictos ideológicos y de intereses. Pero siempre desde una base común de ciudadanía y tolerancia que nos permite disentir y entrar en el debate, con toda la vehemencia necesaria, desde un ambiente de paz.

¿Cómo podemos vivir como cristianos en un mundo cada vez más en guerra, cada vez más violento y polarizado? ¿Estamos legitimados, de hecho, para hacerlo?

2.º Las religiones, ¿podemos aportar algo a la paz?

En efecto, es fácil constatar por los medios de comunicación que la relación entre violencia y religión sigue siendo un tema de máxima actualidad. De hecho, detrás de no pocos conflictos actuales asoma la sombra de lo religioso y detrás de la polarización violenta están, objetivamente, movimientos religiosos, dispuestos a marcar la vida pública e imponer su visión del mundo. La misma idea de «guerra cultural» tiene una vinculación religiosa en origen⁸ y el término

6 J. D. HUNTER, *Culture Wars: the Struggle to Define America*, Basic Books, 1991.

7 Según una encuesta reciente, el 85% de los estadounidenses percibía que la violencia política física estaba en crecimiento en un país roto. <https://www.swissinfo.ch/spa/el-85-%25-de-los-estadounidenses-percibe-un-incremento-de-la-violencia-pol%C3%ADtica/90217500>. Consultado el 19/02/2026.

8 El libro de J. D. HUNTER, *Culture Wars...* el texto que populariza de nuevo el término, nacido en las controversias de la unificación alemana en el siglo XIX, señala que detrás de esta «guerra cultural» está una alianza religiosa en Estados Unidos entre tradicionalistas católicos, fundamentalistas evangélicos y judíos ortodoxos.

«fundamentalismo» nace en un contexto religioso cristiano⁹. Por ello, no es extraño que en los últimos años hayan surgido una serie de voces, no solo en el mundo especializado, sino incluso en el del *bestseller* de bolsillo, que señalan con dedo acusador a la religión —sin más matiz— como fuente segura de violencia, como un peligro evidente para nuestras sociedades democráticas.

Un ejemplo claro de esta acusación son los autores del llamado «nuevo ateísmo»¹⁰. Richard Dawkins, quizá el más significado de ellos, afirma con rotundidad que:

«Hago todo lo que está en mi mano para advertir a la gente contra la fe misma, no solo contra la llamada fe “extremista”. Las enseñanzas de la religión “moderada”, si bien no extremistas en sí mismas, son una abierta invitación al extremismo»¹¹.

Incluso un premio Nobel de Literatura como José Saramago escribía en el diario *El País* que

«ya se ha dicho que las religiones, todas ellas, sin excepción, nunca han servido para aproximar y congraciarse a los hombres; que, por el contrario, han sido y siguen siendo causa de sufrimientos inenarrables, de matanzas, de monstruosas violencias físicas y espirituales que constituyen uno de los más tenebrosos capítulos de la miserable historia humana»¹².

No cabe duda de que estos autores tienen razón en que son incontables los actos violentos realizados en nombre de causas religiosas. Pero tampoco cabe duda de que, aunque parezcan ignorarlos, existen muchos ejemplos de lo contrario, de personas religiosas que viven y reivindican la paz desde su religión. No solo podemos recordar ejemplos modernos muy conocidos, como Martín Luther King, Nelson Mandela o, el símbolo universal de la acción no violenta, Mahatma Ghandi, sino que también se pueden aportar otros ejemplos pre-modernos, como el episodio de san Francisco ante el sultán¹³ o al emperador

9 En el mundo evangélico norteamericano, en 1920, en las páginas del periódico *The Watchman Examiner*. Cf. M. E. MARTY, *Modern American Religion. Vol. 2. The Noise of Conflict (1919-1941)*, The University of Chicago Press, 1997.

10 Sobre estos autores, J. F. HAUGHT, *Dios y el nuevo ateísmo*, Sal Terrae, 2012.

11 R. DAWKINS, *El espejismo de Dios*, Espasa, 2009, p. 327.

12 J. SARAGAMO, «El factor Dios», *El País*, 19 de septiembre de 2001.

13 L. PIÑA, «Francisco de Asís y su encuentro con el Islam», *Encuentro islamo-cristiano* 287, 1996.

Ashoka colocando los pilares del primer imperio que quiso ser pacífico¹⁴. El principio de *ahimsa* en el hinduismo y budismo¹⁵, o el amor al enemigo cristiano son todos ellos principios religiosos de la edad antigua¹⁶.

Por tanto, una condena global de lo religioso no es justa. William Cavanaugh llamaba a esta tendencia a condenar sin más a todo el fenómeno religioso como «el mito de la violencia religiosa». Cavanaugh señala que estas críticas a «la religión» parten del presupuesto «mítico» de que existe «la religión», una realidad claramente definida a la que acusar. Esta preconcepción no resiste el contraste con la realidad: las religiones son necesariamente diversas, no solo hoy sino, todavía más, en su historia¹⁷. Las religiones no son iguales entre sí ni siempre permanecen iguales.

Las religiones son sistemas simbólicos que hacen presente al ser humano la experiencia de encuentro con un Misterio que es fuente de salvación y plenitud¹⁸. Como señalaba Joseph Kitagawa, la religión es «una total orientación y camino de vida, cuya meta es la iluminación, liberación o salvación. El contenido central de la religión es nada menos que la soteriología»¹⁹. Es decir, la experiencia religiosa moviliza al ser humano desde lo más profundo de su ser y lo orienta con enorme energía en un sentido de la existencia. Y esa tremenda energía puede dirigirse hacia la destrucción o hacia la construcción de la paz. Esta experiencia impulsó a Ghandi a dedicar su vida a la no violencia activa, buscando reconciliar a musulmanes e hinduistas aún a riesgo de su vida, y animó a Mohammed Atta a estrellar un avión contra las Torres Gemelas y desencadenar un infierno de violencia que dura (y durará) décadas.

Las religiones han sido capaces de engendrar paz y, a la vez, no pocas veces han cedido al hechizo de la violencia:

14 F. RODRÍGUEZ ADRADOS, (trad.), *Asoka. Edictos de la ley sagrada*, Edhasa, 2002.

15 S. SCHUHMACHER – G. WOERNER (com.), *Diccionario de la sabiduría oriental*, Paidós, 199, p. 5.

16 Sobre la idea de la violencia religiosa en las escrituras judías y cristianas, G. BARBAGLIO, *Dios ¿violento?*, Verbo Divino, 1992.

17 W. CAVANAUGH, *The myth of religious violence. Secular ideology and the roots of modern conflict*, Oxford University Press, 2009.

18 J. MARTÍN VELASCO, *Introducción a la Fenomenología*, Trotta, 2017.

19 J. KITAGAWA, «Primitive, classical and modern religions: a perspective on understanding the history of religions» en *The History of Religions. Essays on the problema of Understanding*, J. KITAGAWA (ed.), Chicago University Press, 1967, pp. 40-41.

«La violencia, revestida de ropajes religiosos, ha lanzado repetidamente un hechizo sobre la religión y la cultura, atrayendo a incontables personas —desde campesinos iletrados a ilustrados sacerdotes, predicadores y profesores— a su destructiva danza»²⁰.

¿Cuál es, entonces, la clave de la violencia religiosa? Para responder a esta pregunta debemos tomar en consideración, como decía Cavanaugh, la historia: durante muchos siglos la forma en la que el ser humano ha cubierto su necesidad de sentido ha sido incluyendo a la persona en el grupo. Tú sabías quién eras y qué podías esperar de la vida asumiendo una única lectura de la realidad, la de tu grupo tribal o la de tu estado. Así, en las sociedades premodernas todo se vivía desde una única óptica, lo que incluía las situaciones de violencia. Y esa única óptica era no pocas veces religiosa. De esta manera, como señala K. Armstrong:

«Hasta el período moderno, la religión atravesaba todos los aspectos de la vida, incluyendo la guerra y la política, no porque clérigos ambiciosos “mezclaran” dos actividades esencialmente distintas, sino porque la gente quería dotar de significación todo cuanto hacían. Toda ideología estatal era religiosa»²¹.

Así, la violencia, abierta como una posibilidad al ser humano, era «asumida y desarrollada a través de los procesos de socialización, (que encontraban) su formalización última en su justificación»²². Toda violencia social era aprendida y era parte de la forma de ver el mundo, que solía ser religiosa.

Pero esto cambia con la llegada de la modernidad, cuando se separa la esfera de sentido social y la religión. De hecho, esta separación nace de la misma matriz cristiana de Occidente, porque nunca acaba de integrarse en una sola mano el poder político y el religioso²³. Ahora, por fin, la religión se puede dedicar a lo que le es propio. Las religiones, por lo menos en muchas partes del mundo, ya no tienen la obligación de sostener el sistema político-cultural, que se ha pluralizado. Las guerras son guerras económicas, ideológicas, sociales, pero no religiosas. Nadie debe ser reprimido por su forma de pensar.

20 L. D. LEFEBURE, *Revelation, the Religions and Violence*, Orbis Books, 2000, p. 13.

21 K. ARMSTRONG, *Campos de sangre. La religión y la historia de la violencia*, Planeta, 2015, pp. 423-24.

22 I. MARTÍN-BARÓ, *Acción e ideología*, UCA editores, 1985, p. 414.

23 M. GAUCHET, *El desencantamiento del mundo. Una historia política de la religión*, Trotta, 2005.

Que la paz sea contigo

Constructores de una paz desarmada y desarmante

Se podría esperar, entonces, que, en esta nueva situación, la violencia religiosa desapareciera. Y, sin embargo, siguen apareciendo jóvenes, incluidos occidentales, que rechazan esa pluralidad y prefieren, en nombre de su experiencia religiosa, morir matando.

En efecto, como señalaba Peter Berger, no todas las instituciones y personas religiosas han reaccionado igual al cambio del espacio social de la religión, es decir, a la pérdida del monopolio cosmovisional²⁴. Como señala A. Giddens, la pérdida de la fiabilidad localizada que era característica de la premodernidad es un riesgo duro de asumir²⁵. Por ello, cabe la opción de rechazar la pluralidad. Puedo optar por considerar la pluralización como una amenaza a mi sistema religioso, a mi posibilidad de plenitud y salvación, a mi espacio de confianza en la realidad. Así que, para algunas personas e instituciones religiosas, la pluralidad es un riesgo. Si nos ha despojado de nuestra situación de monopolio, es una agresión a aquello que más me importa. Por ello, asumen con toda naturalidad la idea de «guerra cultural», se sitúan las mismas coordenadas del rigen del término, en la *Kulturkampf* original. Hay que dedicar los máximos esfuerzos a evitar el contagio de la pluralidad y reforzar la propia identidad, sea creando potentes muros que me aislen del mundo de alrededor, entendido como fuente de todo mal (la opción sectaria), o lanzándose al contraataque, buscando recuperar el territorio perdido (la opción reconquistadora). En esta actitud reconquistadora nace el fenómeno del fundamentalismo religioso y, de su mano, la nueva violencia religiosa.

Por desgracia, contamos con muchísimos ejemplos actuales de cómo el deseo de uniformizar una nación con una cultura religiosa vuelve a dejar un rastro de muerte: la persecución de los rohinyá musulmanes en Birmania en 2017, la de los yazidíes en Irak en 2014... Según la lista mundial de persecuciones, hasta 365 millones de cristianos viven en persecución²⁶. El conflicto de Palestina, que alcanza hoy cotas de inhumanidad sin precedentes, es otro ejemplo de cómo, aún en un conflicto político, sigue existiendo una dimensión religiosa activa.

24 P. BERGER, *Una gloria lejana. La búsqueda de la fe en una época de credulidad*, Herder, 1994, pp. 39 y ss.

25 A. GIDDENS, *Consecuencias de la modernidad*, Alianza, 2015, p. 100.

26 PUERTAS ABIERTAS, *Lista mundial de la persecución. Informe 2024*, Sevilla, 2024.

En efecto, como decía Th. Meyer «el fundamentalismo es un movimiento de exclusión arbitrario, una tendencia opuesta, aunque inherente, al proceso de apertura general del pensamiento»²⁷. Porque, si vivo en un sistema donde puedo elegir, una de mis posibles elecciones es... querer acabar con el mismo sistema plural de elección, preferir volver al sistema previo no diferenciado. En efecto, ante las evidentes contradicciones del sistema pluralizado y sus flagrantes injusticias, se busca la solución en el pasado religioso, que se mitifica como una 'edad de oro'. Nos encontramos con el caldo de cultivo perfecto para la «retrotopía»²⁸. Allí espera la solución a todos los problemas del actual sistema y las personas pueden recuperar, sin incertidumbre, la tranquilidad de un orden compacto, justo y equilibrado, marcado por la experiencia religiosa donde encuentro mi identidad.

¿Hay, entonces, alguna vacuna contra la nueva violencia religiosa? Sí. Es posible otro tipo de reacción al cambio social, a la pluralización. Las religiones, liberadas de sus obligaciones anteriores, pueden por fin recuperar su propia entraña universal, su identidad cosmopolita²⁹. De esta manera, pueden leer la pluralidad como una oportunidad, reconocer ese nuevo espacio como su «hábitat» natural, encontrarse a sí mismas en él y gestionar de forma positiva la pluralidad. Juergensmeyer señalaba que «de un modo curioso, la cura para la violencia religiosa podría encontrarse al final en una renovada apreciación de la misma religión»³⁰.

Y la decisión es de las propias religiones. Es necesario que las diferentes tradiciones generen procesos internos de diálogo, de reflexión sobre sí mismas para evitar la permanente tentación de la violencia. Es el momento en el que pueden redescubrir su capacidad de superar su identificación cerrada con un etnocentrismo exclusivista. Dicho en palabras de O. Roy, en su ser universal puede encontrar la clave para romper de forma positiva su «vínculo incestuoso»³¹ con una sola forma cultural, con una única forma de pensar. Las religiones no pue-

27 Citado en K. KIENZLER, *El fundamentalismo religioso*, Alianza, 2000, p. 11.

28 Z. BAUMAN, *Retrotopía*, Paidós, 2022.

29 U. BECK, *El Dios personal. La individualización de la religión y el «espíritu» del cosmopolitismo*, Paidós, 2017, pp. 173 y ss.

30 M. JUERGENSMEYER, *Terrorismo religioso: El auge global de la violencia religiosa*, Siglo XXI, 2002, p. 284.

31 O. ROY, *La santa ignorancia. El tiempo de la religión sin cultura*, Paidós, 2010, p. 294.

den aislarse de la pluralidad sin inclinarse, lentas pero seguras, hacia el fundamentalismo violento. Necesitan decirse al «otro» en cuanto «otro» de forma positiva. Tienen la posibilidad, en este mundo fracturado e injusto, de impulsar la *sociedad-mundo* que pueda responder al *terror-mundo*.³²

Esta es la clave de nuestra reflexión. ¿Qué podemos aportar los cristianos, desde nuestra experiencia religiosa a este desafío? ¿Podemos encontrar en nuestra propia raíz la fuente para ser creadores de paz? Volvamos a nuestro centro, a Jesús de Nazaret y encontremos en él respuesta.

PARTE 2. LLAMADOS A SER CONSTRUCTORES DE PAZ

1. Jesús, nuestra referencia

1.1. Su experiencia de Dios

La propuesta moral de Jesús está basada, de forma originaria y fundante, en su experiencia del Dios misericordioso, en su relación personal con el Dios que es Amor. Desde ahí, Jesús es consciente de la necesidad de inaugurar ya el Reino de Dios, esto es, el cumplimiento del sueño de Dios de Isaías (Is 25,6-8): un mundo reconciliado en torno a la misma mesa, como una única familia, y Dios enjugando todas las lágrimas³³. No se trata tanto de obedecer lo que Dios le pide o exige, como de identificarse con Él, de tratar de vivir con las personas lo que él vive y experimenta con Dios, o, como diría Gustavo Gutiérrez, se trata de practicar a Dios³⁴. Y esto se traduce, inexorablemente, en la apuesta radical por el ser humano como centro de su vida y de su praxis, como base fundamental del Reino de Dios. Una apuesta que también surge de su conciencia esencial de la dignidad de todo ser humano y de la realidad de que la forma humana de relacionarnos es la fraternidad.

Por ello, constantemente la Iglesia católica ha insistido en que la respuesta fundamentalista no es cristiana, porque olvida la presencia de Dios en el diferen-

32 E. MORIN, ¿Hacia el abismo? Globalización en el siglo XXI, Paidós, 2010, p. 112.

33 Cf. R. AGUIRRE, *La mesa compartida: Estudios del NT desde las Ciencias Sociales*, Sal Terrae, 1994.

34 G. GUTIÉRREZ, *El Dios de la vida*, Pontificia Universidad de Perú, 1983, p. 6.

te³⁵ y, así, traiciona el verdadero mensaje del Reino, que implica la verdadera paz mesiánica, la reconciliación final de toda la humanidad y de la creación entera³⁶. No podemos apoyar retrotopía alguna, porque no podemos apoyar la exclusión de nadie. Nuestra apuesta es la de Jesús: la noviolencia activa³⁷.

1.2. Jesús y la noviolencia activa

La noviolencia activa es una metodología de acción y de lucha, una herramienta para afrontar los conflictos que, en muchos casos, llega a ser una forma de vida. Busca, a nivel social, generalizar los comportamientos noviolentos como alternativa a las estrategias actuales de defensa y contra las estructuras sociales de violencia y, a nivel personal, el cambio y la transformación de cada persona. La noviolencia activa no cuestiona solo la violencia injustificada, sino que cuestiona mucho de lo que somos tanto personalmente como a nivel político y social.

Entre sus características y principios básicos podemos citar, entre otros:

La imprescindible coherencia entre medios y fines.

La afirmación radical del derecho a la vida de todo ser humano.

La convicción de que toda violencia es inhumana y sin justificación.

El rechazo tanto de la represalia, de la respuesta violenta (*fight*), como de la huida, de la pasividad, del silencio sumiso (*flight*)³⁸.

La convicción de que cualquier conflicto se puede gestionar, solucionar, de forma más constructiva y creativa.

La necesidad de la paciencia, sin dejar de lado la eficacia.

El creer en la capacidad regeneradora del ser humano, no deshumanizar al adversario, no pretender vencerlo sino, en todo caso, convencerlo.

35 Cf. F. A. SULLIVAN, *¿Hay salvación fuera de la Iglesia?*, Desclee de Brouwer, 1999.

36 X. PIKAZA, *El camino de la paz. Una visión cristiana*, Khaf, 2010, p. 100 y ss.

37 La palabra noviolencia proviene de la traducción del término hindú «ahimsa». Los movimientos noviolentos europeos siempre han utilizado el término noviolencia como una sola palabra. La razón principal es la de explicitar con total claridad que la opción noviolenta no supone una mera negación de la violencia directa, sino un proyecto positivo de transformación radical de la sociedad y de cada persona.

38 J. MORERA PERICH, *Desarmar los infiernos. Practicar la noviolencia de Jesús hoy*, Cuadernos Cij 207, 2018, p. 14.

Que la paz sea contigo
Constructores de una paz desarmada y desarmante

El inconformismo ante las injusticias y la esperanza de que merece la pena la lucha noviolenta, confiando en los pequeños gestos y avances.

La noviolencia propone para su praxis diferentes tipos de acciones: de difusión-concienciación (materiales, charlas...); de protesta y persuasión (manifestaciones, acciones simbólicas...); de no cooperación social y económica (objeción fiscal, boicot...); de no cooperación política (desobediencia civil a leyes injustas...) y de intervención noviolenta (ayunos, ocupación...).

Atendiendo a esta breve definición y caracterización, podemos afirmar que Jesús elige en su vida la noviolencia activa como el camino del Reino: sus prédicas constantes en favor de la reconciliación y la inclusión, sus acciones públicas de acogida de excluidos sociales, su insistencia en superar la ley escrita para llegar al corazón compasivo del ser humano, su denuncia de un sistema corrupto como el del Templo, son una demostración evidente de lo dicho. Su misma muerte, asumida sin pasividad, sino como signo de una vida que es Reino, que desmonta y denuncia todo el sistema de represión del sistema sociopolítico, es la visibilización definitiva de esta apuesta, revolucionaria frente al poder imperial vigente en su época³⁹.

En coherencia con su experiencia de Dios, Jesús vive y predica la noviolencia con una interpelante radicalidad: reivindicar la dignidad y la vida de todos los seres humanos desde el horizonte del Reino; no responder con violencia a la violencia, sino practicar una resistencia noviolenta, que en ningún caso es pasiva; perdonar a los enemigos, incluso a quienes le asesinan en la cruz; interpelar a quienes practican la violencia, con el deseo de recuperar su dignidad; amar sin condiciones a todas las personas; no ser indiferente ante el sufrimiento de nadie, denunciando las estructuras y las personas que lo propician, y asumiendo las consecuencias de su denuncia hasta el final; mostrar a la persona agresora la ausencia de miedo al sufrimiento y demostrar la ineficacia de su violencia; desarmar al adversario con palabras y acciones creativas y sorprendentes; cultivar una profunda esperanza, porque el Reino de Dios ya está aquí, presente en los pequeños signos, como el grano de mostaza.

Esto implica que la respuesta cristiana a la realidad plural y a la evidencia de un mundo roto por intereses económico-políticos no es ni ingenuidad ni violencia: el amor fraterno nos sitúa frente a la necesidad de reaccionar por amor y, por

39 Cf. R. A. HORSLEY, *Jesús y el Imperio*, Verbo Divino, 2003.

tanto, desde una alternativa a la violencia. En el Dios de Jesús, debemos y podemos resistir la tentación tanto de la violencia como de la indiferencia.

1.3. Valores y actitudes que cultivar, hoy, a la luz de Jesús

En los evangelios encontramos muchos pasajes en los que descubrimos, a través de lo que decía y de lo que hacía, las actitudes y los valores fundamentales de Jesús en su compromiso con una sociedad pacífica y no violenta, y que nos iluminan al preguntarnos hoy por las actitudes y los valores que tenemos que fomentar en nuestra vida y en nuestro mundo.

a) El valor fundamental y radical de la persona, que siempre es un fin y nunca un medio, desde la conciencia de la dignidad de todo ser humano, independientemente de su condición; y desde esa conciencia reivindicar por igual el respeto de los derechos humanos de todas las personas.

Sintiendo, al igual que Jesús, el amor de un Dios que es Padre de todas las personas, hay que eliminar el concepto de bandos, de *los míos y los otros*, y con ello acabar con esa doble moral según la cual los derechos humanos hay que reivindicarlos solo para los míos, o la violencia es mala según quién la ejerza y contra quién.

b) El inconformismo, porque si algo caracterizó a Jesús en su vida es que fue un inconformista ante las injusticias y las desigualdades que había a su alrededor. Y por eso le mataron. Por tanto, los cristianos y cristianas no solo debemos comprometernos en favor de la paz, a lo que, sin duda, estamos llamados («dichosos los que trabajan por la paz»), sino que, además, debemos sembrar a nuestro alrededor este inconformismo, debemos trabajar por una sociedad menos indiferente ante las situaciones de violencia e injusticia y más comprometida por la paz, porque nuestra indiferencia y nuestra pasividad nos hacen cómplices.

c) La tolerancia. Una de las causas fundamentales de la intolerancia es el creerse en posesión de la verdad absoluta. Jesús no fue un fanático de su propia ideología, sino que siempre estuvo en actitud de relativizar y de buscar la verdad, y puso siempre las personas por delante de todo lo demás.

Desde esa experiencia de Dios Padre de todos, de un Dios que hace salir el sol sobre todas las personas (Mt 5,45), Jesús lanzó un mensaje nuevo de apertura universal. A través de pasajes como la parábola del buen samaritano

Que la paz sea contigo
Constructores de una paz desarmada y desarmante

(Lc 10,25-37), Jesús nos llama a estar abiertos, a no «satanizar» al otro por tener una ideología, una religión, una raza o una orientación sexual diferente, por ser de un grupo distinto. Nos llama a romper con la imagen del enemigo.

Porque ante la figura del adversario, del que no piensa como yo, la actitud no puede venir por su eliminación o por ignorarle, pero tampoco por una tolerancia pasiva que le permita seguir actuando igual. Como Jesús, debemos combatir el pecado y no a quien peca, porque no busca su destrucción, pero sí su conversión. Como a la mujer acusada de adulterio, a la que salva de ser apedreada, pero a la que le dice que en adelante no peque más (Jn 8,11).

La pluralidad de opciones, la diversidad, debe vivirse como riqueza, no como amenaza, ni como una realidad que aceptar resignadamente, vivir soportándonos. Tenemos el reto de construir juntos la convivencia y de no fomentar la crispación, el enfrentamiento o incluso el odio. Al contrario, debemos fomentar actitudes integradoras, inclusivas, aglutinadoras, constructivas, buscadoras de consensos, de espacios en los que las personas puedan «encontrarse» (en su sentido más profundo). El mismo Jesús trae una Buena Noticia para todos, sin exclusiones, porque el Reino de Dios debe ser la expresión máxima de la unión y la concordia entre todos los seres humanos.

- d) El **diálogo**. Para construir la convivencia, para buscar y potenciar puntos de encuentro, para resolver cualquier conflicto, el diálogo se presenta no solo como un instrumento imprescindible, sino como un valor en sí mismo. Porque fomentar espacios de diálogo, sobre todo entre gente que piensa distinto, es ya en sí mismo un valor, y más en sociedades tan polarizadas como la nuestra. Es cierto que cualquier diálogo, sin condiciones de ningún tipo, no tiene que ser necesariamente positivo. El diálogo sincero y constructivo supone una dimensión ética trascendental: el reconocimiento recíproco entre los interlocutores, porque dialogar, en su sentido más auténtico, es reconocer al otro como un interlocutor válido. Dialogar supone un ejercicio de empatía, de ponerse en el lugar de la otra persona, de escucha sincera y sin prejuicios. Si no, no será un verdadero diálogo.
- e) La **solidaridad**. Otro de los rasgos más característicos de la vida de Jesús fue su solidaridad y cercanía con las personas que más sufrían las desigualdades e injusticias de su época, reclamando para ellas la justicia y la dignidad que se les debía. A ellas les transmitió, especialmente, el rostro amoroso de un Dios que es Padre. Y a la vez hizo suyo su dolor, como el Padre lo hace suyo.

Por eso es imprescindible la cercanía y la solidaridad con todas las personas que sufren y han sufrido las consecuencias de la violencia y la intolerancia, independientemente de su condición, tanto en la sociedad, en nuestro mundo, como en la Iglesia. Debemos descubrir que detrás de cada víctima hay personas concretas que sufren dolor, y no podemos pasar de largo. Desde el punto de vista cristiano, la parábola del buen samaritano nos plantea la contra pregunta de Jesús, «¿cuál de esos tres se hizo prójimo?». Con ella nos cambia las coordenadas para indicar que la constitución del ser humano como sujeto moral se produce en la respuesta a la demanda de la víctima. Debemos, por tanto, responder y estar atentos y cercanos a las víctimas de la violencia en nuestra historia.

- f) El **perdón**. El perdón es, sin duda, un elemento profundamente evangélico, llevado hasta el extremo por Jesús: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen». Jesús supera los límites de la tolerancia al ofrecer el perdón incluso al que ha sido intolerante. Los cristianos/as debemos fomentarlo en nuestras actitudes cotidianas, y debe ayudarnos a avanzar hacia una sociedad en paz y reconciliada. El perdón, como máxima expresión del amor, es, desde el punto de vista cristiano, un elemento profundamente evangélico.

Desde el mensaje genuino de Jesús de «amar a los enemigos», está claro que los creyentes debemos eliminar, de nosotros en primer lugar, y de los demás, actitudes de odio y de venganza. Se puede odiar un sistema injusto, pero nunca una persona. El odio destruye lo más humano que llevamos dentro, y destruye también la propia fe. Estamos llamados a abrir un margen de confianza a las posibilidades de conversión y cambio de todas las personas, incluso de las más envilecidas.

En todo caso, no se trata nunca de olvidar, porque de lo hecho y lo vivido siempre hay que aprender; y mucho menos un olvido indiferente, porque las víctimas deben ser siempre una referencia ineludible en nuestro compromiso. Es imprescindible construir una memoria deslegitimadora de la violencia.

No podemos exigir a las víctimas que perdonen, porque no tenemos derecho a hacerlo, y porque en ocasiones no se dan las condiciones que lo permitan. Ojalá fueran capaces de vivir el perdón y de darlo con sinceridad. Pero sí debemos cultivarlo como actitud de fondo, desde la experiencia de sentirnos hijos e hijas de un Dios que nos perdona siempre.

- g) La **reconciliación**. Muy unido a lo anterior, los cristianos debemos hacer una apuesta firme por la reconciliación. La parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-

32) es un magnífico ejemplo de cómo Dios tiene una confianza ilimitada en cada persona y le da siempre la oportunidad de empezar de cero. Dios no nos ama por lo que somos, nos ama para que seamos, amándonos nos posibilita ser. Por eso también nosotros estamos llamados a dar siempre un margen de confianza a las posibilidades de todas las personas, como hizo Jesús con Zaqueo, porque eso es respetar su libertad y dignidad como respeta Dios la de todos.

La reconciliación es un concepto ambiguo, a menudo manipulado y tergiversado. En este cuaderno no pretendemos profundizar en él. Pero sí queremos reivindicar la necesidad del compromiso cristiano por la reconciliación, tanto entre individuos concretos, como a nivel social. No se trata simplemente de coexistir, como chalés adosados, sino de buscar una convivencia reconciliada, basada siempre en la dignidad de las víctimas y en la puerta abierta a la reintegración social de los victimarios, si se dan las condiciones que lo permitan. Porque, como Jesús, también aspiramos a recuperar la dignidad del agresor.

Pero no debemos pensar en la reconciliación como un asunto solo entre víctimas y victimarios directos, sino como una necesidad del conjunto de la sociedad. La existencia de actitudes y conductas violentas puede generar fracturas, puede distorsionar las relaciones, incluso las más cercanas, puede afectar a la articulación de la propia sociedad civil, puede dañar gravemente la convivencia. Nuestro objetivo debe ser trabajar por una paz en la que todas las personas puedan tener cabida, construir un futuro sin violencia, una sociedad abierta y reconciliada.

- h) La **esperanza**. Finalmente, es imprescindible cultivar la confianza y la esperanza en las pequeñas cosas. La utopía del Reino de Dios se va haciendo realidad paso a paso, centímetro a centímetro. Parábolas como la del grano de mostaza nos recuerdan que el pequeño compromiso de cada persona, en la medida de sus posibilidades, es necesario e imprescindible para hacer posible la construcción de un futuro en paz. Cada uno de nosotros/as hemos sido elegidos por Dios para desempeñar una tarea, para contribuir, en la medida de nuestras posibilidades. Y desde la confianza y la esperanza que dan el saber que Dios nos acompaña y nos guía, los cristianos y cristianas confiamos en que, con nuestro grano de arena, junto con el de muchos otros, lo vamos haciendo posible.

Se trata de una esperanza responsable, comprometida, una esperanza que debemos hacer realidad, con otras muchas personas, creyentes y no creyentes. La tarea de construir la paz debemos llevarla a cabo desde la convicción de que merece la pena, aunque a veces y a corto plazo, pueda parecer que no. Como decía Václav Havel, «la esperanza no es la convicción de que algo saldrá bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, independientemente de cómo resulte»⁴⁰.

2. Cultura de paz⁴¹

2.1. Paz y conflicto

Existen dos conceptos claves que deben tratarse de forma adecuada a la hora de hablar de una cultura de paz. Estos dos conceptos son paz y conflicto.

En primer lugar, debemos de hablar de la paz positiva, que no es la mera ausencia de violencia directa, sino que es un concepto más amplio y ambicioso, que reivindica también una baja o nula violencia estructural, que conllevaría la perpetuación de estructuras injustas, así como la ausencia de violencia cultural, de manera que ninguna cultura debe imponerse a otra, y que busca que cualquier persona pueda desarrollar, en condiciones de justicia e igualdad, todas y cada una de sus potencialidades.

En segundo lugar, frente a una concepción negativa del conflicto, hay que abordarlo y asumirlo como una realidad inherente y consustancial a la condición humana. Se trata de un instrumento que, bien encauzado, puede suponer un acicate para nuestro desarrollo personal y social. Lo que puede hacer del conflicto algo positivo o negativo no es tanto el conflicto en sí mismo, como la forma en la que lo abordemos, que debe ser creativa y no violenta, con el diálogo como herramienta fundamental, desde la empatía y la escucha activa. Para ello es fundamental dotarnos de información lo más veraz y objetiva posible sobre el conflicto, cuestión a menudo complicada.

2.2. Hacia una cultura de paz

La persistencia de la violencia, en sus múltiples formas, en nuestra sociedad, en nuestro mundo, ha traído y trae consigo la existencia de una cultura de la violencia que nos impregna de una u otra manera a todas las personas.

40 V. HAVEL, *Disturbing the Peace: A Conversation with Karel Huizdal*, Vintage, 1991.

41 Cf. COORDINADORA GESTO POR LA PAZ DE EUSKAL HERRIA, *Educándonos para la paz*, 2001.

Que la paz sea contigo

Constructores de una paz desarmada y desarmante

Cambiar esta cultura de violencia por una nueva cultura de paz y no violencia es, sin duda, una tarea muy compleja. Por una parte, porque la cultura de la violencia es cultura en la medida en que a lo largo del tiempo va siendo interiorizada e incluso normalizada por amplios sectores de la población. Y, por otra parte, porque esa transformación cultural depende de un gran número de sujetos que intervienen en ese proceso: las instituciones, los partidos políticos, los medios de comunicación, la Iglesia, el sistema educativo, la familia, los líderes deportivos y culturales, el tejido asociativo. y, cada vez con mayor importancia, las redes sociales.

Algunas de las líneas de transformación hacia una cultura de paz podrían ser las siguientes:

- Frente al uso de la violencia, el valor de la no violencia, del derecho a la vida y a la integridad de todas las personas.
- Frente a la justificación del uso de la violencia, su deslegitimación radical, desde la convicción de que ningún fin justifica unos medios violentos, de que no hay explicación ni disculpa para asesinar.
- Frente a la imagen del enemigo, y frente al odio que conlleva, la aceptación de la diversidad y el respeto para quienes piensan distinto, aunque no compartamos sus ideas, creencias o ideologías, sean respetables o no.
- Frente a la doble moral que exige los derechos para los de su propio «bando» y no para los demás, de forma que la violencia es mala dependiendo contra quién se utilice, el valor radical de la dignidad de cualquier persona, que siempre es fin y nunca medio, independientemente de su condición, y el carácter universal de los derechos humanos.
- Frente al olvido de las víctimas, el compromiso activo en el reconocimiento, la solidaridad y la memoria hacia ellas.
- Frente a la cultura de los chales adosados, según la cual convivo con la persona que piensa distinto porque no tengo más remedio, «la tolero», el valor de la diversidad y la pluralidad como riqueza y no como obstáculo, de aprender a convivir y a superar rechazos y animadversiones.
- Frente a la cultura de los dos bandos y la fractura y división que conlleva, la búsqueda constante de puntos de encuentro, de propuestas no excluyentes, con el diálogo como herramienta fundamental.

- Frente a la indiferencia o el acostumbrarse a la existencia de esa violencia, el valor del inconformismo y del compromiso, a todos los niveles, empezando por los más cercanos y cotidianos, por un futuro sin violencia.
- Frente al creerse en posesión de la verdad absoluta, la capacidad de relativizar las ideas propias en el enriquecimiento de compartir y contrastar las ajenas.
- Frente a la resolución negativa y violenta de los conflictos, la asunción de estos como algo consustancial al ser humano, desde una perspectiva creativa y de resolución pacífica y democrática.
- Frente a la normalización y legitimación del militarismo y la carrera armamentista, abandonar la lógica de la guerra y la violencia, y promover una paz desarmada (no basada en el miedo ni las armas) y desarmante (capaz de resolver conflictos, abrir corazones y generar confianza mutua), a través del diálogo, la justicia y el perdón, tal y como nos invita el papa León XIV⁴².
- Frente al uso de un lenguaje discriminatorio, transmisor de estereotipos y agresivo, el cultivo en los medios de comunicación, en las redes sociales, en el ámbito escolar, social y familiar, de un lenguaje respetuoso, no agresivo, no discriminatorio, coeducativo.

3. Educar para la paz⁴³

3.1. Líneas generales

Es indudable que la educación es una herramienta fundamental para transformar la sociedad y para avanzar hacia una cultura de paz. Y no nos referimos solo al ámbito escolar, porque ni la escuela es el único agente educador, ni las personas jóvenes son las únicas necesitadas de educarse para la paz. La educación es un proceso que dura toda la vida y afecta a todos los componentes de la sociedad.

La educación para la paz conlleva múltiples líneas, todas ellas importantes e interrelacionadas, entre las que podemos destacar:

42 LEÓN XIV, *Mensaje para la 59ª Jornada Mundial de la Paz*, 1 de enero de 2026.

43 Cf. COORDINADORA GESTO POR LA PAZ DE EUSKAL HERRIA, *Educándonos...*

Que la paz sea contigo

Constructores de una paz desarmada y desarmante

- Una educación en valores que transmita, de una manera coherente, los valores que sustentan un estilo de vida acorde con una cultura de paz.
- Una educación mundialista y multicultural que transmita el respeto a la diversidad y la aceptación positiva de las personas diferentes, erradicando las actitudes racistas y xenófobas.
- Una educación antimilitarista y para el desarme que cuestione la lógica militar y denuncia las consecuencias de los ingentes gastos militares en un mundo.
- Una educación para los derechos humanos para todas las personas, que constituyen el mínimo común ético, la referencia básica en torno a la que es posible construir la convivencia a nivel mundial.
- Una educación para el conflicto que asuma este como algo consustancial a la vida social de las personas, y que dé los instrumentos necesarios para resolverlo positivamente y de forma pacífica y dialogada.
- Una educación para el desarrollo y la solidaridad que frente a personas individualistas potencie un mirar colectivo que pase del yo al nosotros, frente a la exclusión social y la desigualdad fomente como horizonte la justicia para todos los seres humanos.
- Una educación para el inconformismo y la desobediencia que frente a la indiferencia y la asunción de la realidad como algo inevitable, se rebele ante la injusticia y busque nuevas formas de reivindicación y de lucha, entre ellas, la desobediencia responsable que surge de una conciencia crítica.
- Una educación para la noviolencia que descubra que las formas noviolentas no solo son la manera más auténtica y legítima de reivindicar algo, sino que tienen un valor en sí mismas como estilo de vida y generadoras de la necesaria paz y armonía personal.
- Una educación para la ciudadanía que fomente personas responsables, críticas y comprometidas con el desarrollo de una verdadera democracia participativa.

3.2. El ámbito escolar

Dado el entorno desde el que escribimos este cuaderno, nos gustaría hacer una aportación referida explícitamente al ámbito escolar, siendo conscientes de que la educación para la paz de nuestros niños y jóvenes se juega en otros muchos

ámbitos, como el familiar, las amistades y, cada vez más, las redes sociales. Con frecuencia se culpabiliza a la escuela de los males de nuestra juventud, como si fuera la única responsable de sus actitudes y valores.

Entre esos ámbitos, destaca la importancia del ámbito familiar, especialmente los primeros años, donde es fundamental que los valores se trasmitan de forma coherente y vivencial. Por ello, los progenitores no deben hacer dejación de su responsabilidad educativa ni en el profesorado ni en otros ámbitos, ya que son una pieza insustituible.

Centrándonos ya en el ámbito escolar, lo primero que hay que subrayar es que la escuela se presenta como un lugar privilegiado para desarrollar la educación para la paz. Pero es evidente que la educación en general, y la educación para la paz en particular, requiere de un compromiso del profesorado, no solo como profesionales, sino también como personas. Es fundamental actuar siempre con coherencia, porque no se educa tanto desde lo que se dice, como desde lo que se hace, y no se aprende tanto desde lo que se oye, como desde lo que se ve y se vive.

En muchos centros escolares se celebra cada año el Día Escolar de la No violencia y la Paz, sin duda una actividad necesaria y positiva. Y, en algunos casos, a lo largo del curso se llevan a cabo otras campañas que encajan perfectamente con la educación para la paz, como la semana de los derechos de la infancia, campañas de recogida de alimentos, o de concienciación sobre la violencia de género y la igualdad de las mujeres, entre otras.

Pero la educación para la paz no debe reducirse solo a una o varias actividades puntuales cada año, a algo que resulte extraordinario dentro de la dinámica escolar, sino que debe ir mucho más allá, ser más ambiciosa. A modo de pistas, aportamos algunas sugerencias en este sentido:

Carácter transversal: la educación para la paz debe estar presente a lo largo del curso en todas las áreas, a través de contenidos que encajen de forma natural en el currículo de cada una de ellas.

Convivencia: es una de las piezas fundamentales de un centro educativo. Hay que tratar de dotar al alumnado de herramientas que ayuden a afrontar, de forma positiva y constructiva, los retos y los conflictos que toda convivencia genera. Para ello, es necesario trabajar las habilidades sociales, la regulación emocional y la disciplina positiva, fomentando valores como la empatía, el respeto y el diálogo.

Que la paz sea contigo

Constructores de una paz desarmada y desarmante

Normativa: en relación con el punto anterior, en todo centro educativo hay una serie de normas que regulan la convivencia y la vida en el centro. Es muy importante que el alumnado conozca la fundamentación de los valores que sustentan dichas normas, incluso que haya una reflexión previa conjunta en torno a ellos.

Clima del centro: recogiendo todo lo anterior, subrayamos la importancia de crear un clima en el centro educativo que sea participativo, fomentando hábitos de autonomía y capacidad crítica, de respeto, igualdad, solidaridad, integración y diálogo.

Protección del menor: los centros educativos deben tener instaurada una política de protección del menor, para hacerlos lugares seguros, sensibilizando y previniendo el maltrato o el abuso, y protegiendo y escuchando a las víctimas.

Educación no neutral: la educación para la paz no busca un adoctrinamiento que obedezca a determinados intereses particulares, pero tiene claro que no puede ser neutral ante cuestiones que afectan a los mínimos éticos universales, que tienen su referencia fundamental en los derechos humanos.

Educación no indiferente: ante situaciones de violencia o de conflicto en los propios centros educativos, el profesorado no puede mostrarse indiferente o relativizar dichas situaciones, al contrario, debe implicarse en ellas. Porque si no es parte de la solución, es parte del problema.

Memoria: la educación para la paz reivindica la necesidad de construir la memoria de lo ocurrido en situaciones históricas, más o menos cercanas, de violencia y de vulneración de los principios éticos y democráticos básicos. Sabemos que toda memoria es plural y susceptible de interpretaciones y visiones diferentes, pero no todas son igualmente aceptables. Por eso, es una tarea imprescindible mantener viva entre el alumnado una memoria que deslegitime, mirando al presente y al futuro, la violencia en cualquiera de sus formas.

A modo de conclusión

Debemos acabar ya nuestro camino. En estas páginas hemos querido reflexionar, a la luz de la fe, sobre cómo responder a la cultura de la violencia que se está expandiendo en nuestros días. En un mundo roto, inmersos en conflictos de todo tipo, podemos sentir dos tentaciones: la tentación de incluirla en nuestras vidas y caer bajo el «hechizo de su danza» y la tentación de vivir con indiferencia su presencia y dejarla crecer a nuestro alrededor. Ninguna de estas dos tentaciones responde al sueño de Dios para la humanidad, ninguna de ellas responde a su pregunta: «¿dónde está tu hermano?» (Gn 4,9). Ni el silencio ni la muerte son la respuesta al conflicto.

Por eso, sabemos que, unidos a muchas otras personas de buena voluntad, hoy el Espíritu nos llama a volver a Jesús y sumarnos a su noviolencia activa, a descubrirnos llamados a identificarnos con los pacíficos de la bienaventuranza (Mt 5,9), a hacer nuestra la oración de Francisco de Asís y decir «haznos instrumentos de tu paz». Somos conscientes de la necesidad de volver, una y otra vez, sobre nosotros mismos, personal y comunitariamente, para seguir comprometidos a vivir y educar en una paz «desarmada y desarmante». Es una urgencia, un clamor que no podemos dejar de oír. Ojalá estas páginas nos hayan ayudado a recuperar con nuevas fuerzas, con nuevas ideas, nuestro compromiso con la construcción de un mundo reconciliado. Acabemos nuestra reflexión pidiendo, con las palabras del profeta Casaldáliga:

Danos, Señor, aquella Paz extraña
que brota en plena lucha
como una flor de fuego;
que rompe en plena noche
como un canto escondido;
que llega en plena muerte
como el beso esperado.

Danos la Paz de los que andan siempre,
 desnudos de ventajas,
 vestidos por el viento de una esperanza núbil.

Aquella Paz del pobre
 que ya ha vencido el miedo.

Aquella Paz del libre
 que se aferra a la vida.

La Paz que se comparte
 en igualdad fraterna
 como el agua y la Hostia.

Bibliografía

- COORDINADORA GESTO POR LA PAZ DE EUSKAL HERRIA, *Educándonos para la paz*, 2001 (<https://www.gesto.org/archivos/201401/2001-educandonos-para-la-paz.pdf?1>).
- J. MORERA PERICH, *Desarmar los infiernos. Practicar la no violencia de Jesús hoy*, Cuadernos CiJ 207, 2018 (<https://www.cristianismeijusticia.net/sites/www.cristianismeijusticia.net/files/pdf/es207.pdf>).
- X. PIKAZA, *El camino de la paz. Una visión cristiana*, Khaf, 2010,
- J. J. TAMAYO, *10 palabras clave sobre Paz y violencia en las religiones*, Verbo Divino, 2004.
- VV. AA., *La teología en un mundo en guerra contra la vida*, Tirant lo Blanch, 2025.

Notas

A series of horizontal dotted lines for writing notes.

This image shows a full page of white paper with horizontal dashed lines, typical of primary school writing paper. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.

inOUT



CUADERNOS
EFFETA

